

EL MORADOR DE LAS TINIEBLAS

HOWARD P. LOVECRAFT

Nadie en sus cabales pondría en duda la difundida circunstancia que a Robert Blake lo aniquiló un rayo o una commoción nerviosa provocada por una descarga eléctrica. No deja de ser curioso que la ventana ante la cual se hallaba permanecía sin un rasguño, pero debe tenerse presente que la naturaleza a menudo nos sorprende con comportamientos mucho más insólitos. Es probable que la expresión que quedó impresa en su rostro obedeciera a contracciones musculares completamente desvinculadas con lo que tenía delante en el momento de la muerte. Por otro lado, las anotaciones consignadas en su diario parecen ser el producto de una imaginación desbordante, alimentada por ciertas supersticiones locales y sazonada por algunos descubrimientos que el propio Blake suponía haber realizado. Y en cuanto a los hechos que, según se decía, ocurrían en la abandonada iglesia de Federal Hill, cualquier persona sería que se tomara el trabajo de investigarlos no tardaría en atribuirlos a la charlatanería que se había apoderado consciente o inconscientemente durante los últimos tiempos del discurso de Robert Blake, época marcada por su estrecha y oculta relación con ciertos círculos esotéricos.

No hay que olvidar el hecho que la víctima era ante todo un escritor y pintor entregado al campo de la mitología, de las pesadillas, del terror y de la superstición, continuamente al acecho de escenarios y personajes extrañamente espirituales. Su primera visita a Providence —con el propósito de entrevistarse con un viejo misterioso, tan devoto de las ciencias ocultas como él— había terminado con muerte y fuego. Tal vez fue alguno de esos instintos tan típicos en él lo que lo llevó a abandonar otra vez su hogar en Milwaukee y dirigirse a Providence. Tal vez conocía las viejas leyendas, por más que en su diario lo negara, pero lo más factible es que con su muerte se malograra alguna superchería superlativa sobre la cual montar algún éxito literario.

Sin embargo, entre las variadas personas que se han ocupado de examinar todas las circunstancias del caso están los que se inclinan por hipótesis menos racionales y comunes. Son quienes dan crédito a lo escrito en el diario, los que otorgan relevancia a determinados hechos, como por ejemplo la irrefutable autenticidad del documento que se encontró en la vieja iglesia o la comprobada existencia de una secta no ortodoxa llamada «Sabiduría de las estrellas» antes de 1877 o la misteriosa desaparición en 1893 de un periodista particularmente curioso de nombre Edwin M. Lillbridge; pero lo que más llama la atención de estos analistas es la inefable expresión de terror que había quedado impresa en el rostro del escritor, obviamente producida por algo que vio mientras moría. Precisamente una de estas personas que veían el caso desde este ángulo fue la que, movida por un comprensible fanatismo, arrojó a las aguas de la bahía la angulosa y extraña piedra junto a su estuche metálico singularmente adornado, la misma piedra que fuera encontrada en el chapitel de la iglesia y no en la torre como dice el diario. Por toda respuesta a las críticas que recibió por semejante acto, el hombre —persona por otra parte intachable pese a su inclinación por el esoterismo— se limitó a replicar que había librado a la Tierra de algo demasiado espeluznante como para que cayera en manos de cualquiera.

Queda al criterio del lector elegir entre las dos versiones del caso. Los periódicos han optado por atenerse a los hechos más fáciles de comprobar, siempre desde una perspectiva escéptica, y prefieren que cierta corriente oral se ocupe de reconstituir la escena, según Robert Blake la vio o pretendió haberla visto. Por nuestra parte, nos hemos entregado a la lectura detenida y desapasionada, y estamos en condiciones de establecer la sucesión de hechos tal como la experimentó el principal y desafortunado testigo de ellos.

Blake regresó a Providence en el invierno de 1934-35 y arrendó una habitación en el piso superior de una hermosa residencia situada frente a una plaza casi en la cumbre de College Hill; colindante con el campus de la Brown University y la biblioteca John Hay. Era un hermoso lugar, cómodo, con un jardín cubierto de césped, habitado por muchos y lustrosos gatos que se entretenían en tomar el sol imperturbables. La construcción era de estilo georgiano, de portal clásico, con escaleras de mármol a los costados, vidrieras con cristales opacos en forma de rombos, mirador y todos los rasgos de ese estilo tal como fue fijado a comienzos del siglo XIX. En su interior había puertas hasta de seis hojas, enfáticos entarimados, una gran escalera de pronunciada curva, chimeneas pertenecientes al período de Aram y habitaciones posteriores convenientemente situadas a unos tres peldaños por debajo del plano anterior de la casa.

La habitación de Blake era amplia, por un lado daba al jardín y por el otro —precisamente donde Blake había instalado su escritorio—, al oeste donde dominaba la parte superior de la colina. Era el estratégico sitio para disfrutar de una espléndida panorámica de encantadores tejados y magníficas puestas de sol. En el horizonte más lejano se desdibujaban las pardas laderas campestres. Contra ese fondo, a unos tres o cuatro kilómetros de distancia, se levantaba la fantasmal giba de Federal Hill, brotada de tejados y campanarios que dibujaban fantásticos perfiles cuando eran envueltos por el humo de la ciudad. Mirándolos, Blake experimentaba la sensación de asomarse a un mundo etéreamente fantasmal que se desvanecería ante el menor asomo de penetrar en él.

Nuestro hombre trajo de su casa casi todos los libros que poseía, compró algunos muebles siguiendo el estilo de la casa y así instalado se dispuso a escribir y a pintar. Personalmente atendía las tareas domésticas y durante el primer invierno que pasó allí consiguió escribir cinco de sus relatos más conocidos —*El socavador*, *La escalera de la cripta*, *Shaggai*, *En el valle de Pnath* y *El devorador de las estrellas*^{3/4} y pintó siete cuadros sobre temas que obsesivamente volvían a los monstruos claramente infrahumanos y a paisajes que sólo se podría calificar de extraterrestres.

Al caer la tarde, Blake se sentaba a su escritorio y se ensimismaba en la contemplación del atardecer: lentamente, su vista recorría las oscuras agujas de Memorial Hall, que se levantaban al pie de la colina, la torre del Palacio de Justicia, las cúpulas del barrio central y, sobre todo, la silueta de Federal Hill, cuyas torres luminosas, recortadas buhardillas y desconocidas calles tanto estimulaban su imaginación. Conversando con algunas personas, se enteró que en aquel lugar existía un barrio italiano y que la mayor parte de los edificios eran de la época pionera de los yanquis e irlandeses. De tanto en tanto recorría aquel mundo fantasmal a causa de la niebla con la ayuda de los prismáticos, Federal Hill le resultaba un universo fantástico e inquietante que calzaba perfectamente con lo que él desarrollaba en sus cuentos y trazaba en sus pinturas. Era una sensación que se prolongaba hasta que se encendían los reflectores del Palacio de Justicia y los proyectores rojos de Industrial Trust, efectos luminosos que conferían a la noche un aspecto grotesco.

Entre todos los edificios de Federal Hill, una iglesia grande y sombría, no visible a todas horas del día, ejercía una gran fascinación sobre Blake. Era una construcción indudablemente asentada sobre alguna eminencia del terreno, puesto que su frente grisáceo y las grandes ventanas ojivales emergían claramente por encima de los tejados y chimeneas que la circundaban. Parecía un edificio austero y melancólico, construido en piedra y estragado por el humo y el tiempo. Examinando con binoculares, su estilo podía definirse como correspondiente a la incipiente restauración del Gótico; por lo tanto podría ser de 1810 o 1815 cuando mucho.

Con el transcurso de las semanas y los meses, Blake fue sintiendo un creciente interés por aquel lejano y evanescente edificio. En ningún momento de sus constantes observaciones divisó luz en ninguna de las ventanas, por lo que dedujo que debía tratarse de una propiedad abandonada. Su imaginación se empeñaba en construir misterios en torno a aquella iglesia. Caprichosamente la aureoló con un halo de desolación y creyó constatar que ni palomas ni golondrinas se posaban en sus aleros. Así

lo anotó en su diario. Consultó con diversas personas, pero ninguna de ellas había estado nunca en Federal Hill y, en consecuencia, no tenían la menor idea acerca de la iglesia.

La primavera fue un tiempo de inquietud para Blake. Había comenzado una novela larga apoyada temáticamente en la supervivencia de ciertos cultos paganos en Maine, pero, cosa no usual en él, se encontraba trabado y el trabajo no marchaba. Se pasaba la mayor parte del tiempo sentado frente a la ventana, especialmente al atardecer, con la vista clavada en el cerro lejano y el campanario que ahuyentaba los pájaros. Día a día se veía cómo las hojas iban cubriendo los árboles con un espléndido follaje, pero el desasosiego de Blake no cedía. Llegó el momento inevitable en que se le ocurrió la idea de cruzar la ciudad y trepar por la ladera casi fantástica que llevaba al mundo de sus ensueños.

Uno de los últimos días de abril, poco antes de la fecha que recordaba la noche de Walpurgis, Blake se encaminó hacia el reino entrevisto. Recorrió infinitas calles y avenidas, plazas ruinosas e invariablemente desiertas, todas ellas en la parte baja de la ciudad hasta que al fin llegó a una calle que subía en una cuesta regular, una calle flanqueada por casas con porches dóricos y ocasionalmente por cúpulas de cristales mugrientos. La calle parecía, en efecto, llevar hacia un mundo imponderable que se alzaba tras la niebla. Los carcomidos letreros donde figuraba el nombre de las calles no le significaban nada. Poco a poco fue concentrando la atención en los rostros morenos y crispados de los peatones, en los carteles escritos en idiomas extranjeros que colgaban de tiendas establecidas en edificios que además servían a otros usos. Muy de tanto en tanto podía reconocer sitios y detalles que había descubierto con los binoculares, cuando soñaba que la Federal Hill que veía desde su habitación era un mundo en el que no tenían cabida los seres humanos.

Varias veces se encontró en la devastada fachada de alguna iglesia, pero la que él buscaba permanecía oculta. Se acercó hasta un tendero y le preguntó por la iglesia de piedra; el hombre, que hablaba un perfecto inglés, sonrió y negó con la cabeza. Blake continuó avanzando por un laberinto de callejuelas estrechas y de aspecto amenazador. Volvió a cruzar dos o tres avenidas y pudo reconocer algunos puntos que había observado desde de su casa. Nuevamente interrogó a un comerciante sobre la dirección en que se encontraba la iglesia de piedra y un atisbo de temor que rápidamente asomó y desapareció en el atezado rostro del hombre le permitió a Blake inferir que no era veraz la negativa con que el tendero le respondió. Al despedirse de él, Blake alcanzó a notar que hacía un misterioso signo con la mano derecha.

Un poco más adelante, a su izquierda, de pronto descubrió una cúpula negra que se recortaba contra el oscuro cielo. Blake la reconoció de inmediato y casi corriendo, y teniéndola en todo momento a la vista, se internó por calles tortuosas que avanzaban desde la avenida. Así pudo tener finalmente ante sí la torre que, en efecto, se asentaba sobre una considerable mole de piedra que se alzaba al final de la calle. La iglesia se encontraba frente a una plaza pavimentada con piedras de extrañas formas; a ambos lados de la iglesia, la plaza concluía en una especie de plataforma cerrada por un alto muro y circundada por un enrejado. Sin lugar a dudas, había dado fin a su larga búsqueda; en el centro de la plataforma, apoyada sobre el punto más alto de las inmediaciones, se alzaba entre desordenadas hierbas y exuberantes malezas una presencia ciclópea y más bien siniestra que, pese a la cercanía, no le permitía equivocarse.

La iglesia se hallaba en un estado ruinoso. Partes importantes se habían derrumbado mucho tiempo antes y esos escombros aún no habían sido totalmente sepultados por la vegetación. Las ennegrecidas ventanas ojivales se encontraban en bastante buen estado, aunque en varias de ellas faltaba el ajimez de piedra. Asombrosamente, los vidrios no estaban rotos, pese a las destructoras costumbres de las bandas de chicos que seguramente merodeaban por la zona. Las puertas aún en toda su solidez parecían haber permanecido cerradas por mucho tiempo. La reja que rodeaba la plataforma tenía una puerta cancel cerrada con un grueso candado; a ella se llegaba desde la plaza por una escalera y a partir de allí se abría un pórtico que continuaba en un sendero totalmente cegado por la maleza. La soledad y las ruinas

envolvían al lugar como una mortaja. Blake reparos en los aleros, en las oquedades del techo y en los muros tapizados de hiedra, y comprobó que, efectivamente, no había nidos ni huella alguna de la presencia de pájaros; la idea de lo siniestro volvió a pasar por su cerebro.

Casi no se veía gente. En el otro extremo de la plaza, Blake descubrió un policía de ronda y hacia el se dirigió con el propósito de hacerle algunas preguntas relacionadas con la iglesia. El hombre, un irlandés vigoroso y simplete, al oír el nombre de la iglesia se santiguó y susurró que la gente no acostumbraba a mencionar su nombre. Allí mismo quiso dar por terminada la conversación, pero la insistencia de Blake consiguió vencer el laconismo del policía, quien agregó en forma entrecortada que unos sacerdotes italianos de la zona prevenían a todo el mundo contra aquella iglesia, ya que, según ellos, en otros tiempos había habitado allí una maldad monstruosa, cuyos malsanos efluvios sobrevivían hasta ahora. Recordó que su propio padre alguna vez le había contado algunas temerosas prevenciones contra el lugar.

En aquellos tiempos se había instalado en el reducto una secta que adoraba a unas criaturas que anidaban en los insondables abismos de la noche. Todo este capítulo concluyó con un valeroso sacerdote, quien se apersonó a la iglesia y consiguió exorcizarla, aunque posteriormente hubo quienes sostuvieron que hubiese bastado tan sólo con la luz para obtener los mismos resultados. Si el padre O'Malley viviese, tal vez podría revelar muchos de los misterios de aquella iglesia. Pero lo más razonable era dejar en paz aquel lugar que ahora no molestaba a nadie, ya que de sus antiguos moradores unos habían muerto y otros se desbandaron como ratas en el año 1877, cuando, alertadas por la reiterada y súbita desaparición de vecinos de la zona, las autoridades se disponían a intervenir el lugar. Seguramente con el correr del tiempo, y a falta de herederos que reclamasen aquel inmueble, la Municipalidad acabaría apropiándose de la vieja iglesia. Mientras tanto, opinaba el irlandés, lo mejor era dejarla en paz, aguardar que se cayera en pedazos por sí sola para no tentar a algunas fuerzas que debían permanecer para siempre en los oscuros abismos de la noche.

El policía se apresuró a marcharse de la plaza; Blake permaneció solo en el lugar examinando fijamente la oscura aguja del campanario. El aspecto abominable del edificio y la siniestra historia que le habían referido actuaban como estímulo para excitar su imaginación. ¿Cuánto de verdad habría en las habladurías del policía? Sin duda no eran más que fábulas inspiradas por el aspecto del edificio. Pero, de todos modos, todo aquello parecía ser una historia nacida de su propia pluma.

Venciendo a las densas nubes de la tarde, asomó el sol e iluminó débilmente los ennegrecidos muros de la longeva iglesia. Resultaba inexplicable que el invasor verde de la primavera no se hubiera instalado en los patios interiores, que conservaban una rala vegetación completamente seca, en la que campeaba el amarillo pajizo. De pronto Blake se descubrió a sí mismo ante la oxidada verja y dominado por la obsesiva idea de transponerla. Era como si del edificio emanara un influjo imposible de resistir. La puerta cancel estaba sólidamente cerrada, pero un poco más a la izquierda, la verja había perdido algunos barrotes. Continuó avanzando por la escalera hasta llegar al hueco de la verja. Las pocas personas que circulaban por la plaza lo hacían en el sentido de alejarse del punto donde Blake se encontraba. Todas mostraban un aspecto receloso y en varias de ellas Blake advirtió el mismo signo, realizado con la mano derecha, que había sorprendido en el comerciante. Notó que varias ventanas se cerraban de golpe y una mujer gorda salió presurosa a la calle para arrastrar tras sí a varios niños que jugaban, haciéndolos desaparecer por un portal miserable.

El agujero de la verja era lo suficientemente amplio como para que sin dificultades pronto Blake se hallara en uno de los patios laterales, hollando la seca y amarillenta vegetación. Unas lápidas astrosas le sirvieron para concluir que en un tiempo pasado, aquél había sido el cementerio de la iglesia. Desde su nuevo puesto de observación, el aspecto siniestro del conjunto no hacía más que acrecentarse. Instándose a sí mismo, se acercó, una tras otra, a las tres puertas enormes de la fachada y las tentó. Comprobó que estaban monolíticamente clausuradas, por lo que empezó a dar vueltas en torno al

edificio buscando un punto de acceso posible. Mientras cumplía todas estas maniobras, se preguntaba si en verdad quería entrar a aquel pozo de desolación y tinieblas, pero una inexplicable fuerza continuaba empujándolo más allá de su voluntad.

En la parte posterior encontró un tragaluces sin rejas que le proporcionaba el pasaje que andaba buscando. Al aproximarse, Blake descubrió que daba a un sótano lleno de telarañas, del que poco se veía pese que en ese preciso momento daban en él los últimos rayos del sol. Cacharros, barriles desvencijados, cajas, pedazos de muebles, todo cubierto por una gruesa capa de polvo que suavizaba los ángulos y amortiguaba las curvas de los objetos, restos de una caldera de calefacción, dato que permitía suponer que el edificio había sido usado por lo menos hasta fines del siglo pasado..., eso era parte de lo que podía vislumbrarse desde el tragaluces.

Sin pensarlo, Blake se introdujo por la abertura y cayó en el piso, desde donde se levantó una considerable nube de polvo. Era un ambiente abovedado, muy grande, sin tabiques. En el extremo opuesto descubrió un arco que indudablemente debería llevar hasta el piso superior. Un súbito presentimiento brotó en su pecho al sentirse dentro de aquel opresivo lugar y estuvo a punto de echarse atrás y regresar al exterior, pero consiguió vencer este impulso y pronto se encontró explorando cuidadosamente los objetos que iban presentándose. Encontró un barril en muy buen estado y lo llevó rodando hasta el pie del tragaluces previendo el momento en que debiera abandonar la iglesia. Lo ahogaba el polvo que constantemente se alzaba pese a sus sigilosos movimientos. Atravesó el amplio sótano manoteando constantemente las densas redes de telarañas que pendían de todos lados y así, sofocado y con una increíble suciedad encima, llegó hasta una escalera de piedra que se perdía hacia arriba en una oscuridad casi tangible. No llevaba consigo luz alguna, por lo que avanzaba muy lentamente, paso tras paso, por los peldaños. Un recodo repentino lo puso ante una puerta cerrada. Buscó a tientas el picaporte y emocionado descubrió que cedía con facilidad. Ante él comenzó a perfilarse un corredor débilmente iluminado y recubierto de madera que se caía a pedazos comida por las polilla y la podredumbre.

Ya en el piso superior, Blake avanzó con más rapidez, puesto que ninguna de las puertas interiores se encontraba cerrada con llave, facilidad que le permitía pasar libremente de una habitación a otra. Llegó a la nave central que lo impresionó por sus increíbles dimensiones; bancos, altar, púlpito y órgano se encontraban casi sepultados bajo una capa de polvo de mayor grosor aún que la que había hallado en el sótano. Inmensos cortinajes de telarañas pendían desde lo alto de los arcos del techo. El cuadro ciertamente espectral estaba iluminado por una sucia luz que se filtraba por los empañados vidrios del ábside, receptores de los últimos rayos de sol de aquel día.

Los vidrios estaban tan resguardados por una capa de negro de humo que a Blake le llevó buen rato descifrar cuáles eran las figuras y signos que los adornaban. Y cuando pudo verlos, no le gustaron en absoluto. Se trataba de emblemas. Los conocimientos que el escritor tenía sobre simbolismos esotéricos le permitieron con cierta facilidad dilucidar algunos de aquellos signos. Había pocos santos en los vitrales y los pocos que aparecían estaban en posiciones y con expresiones censurables. Uno de los vitrales representaba un fondo totalmente oscuro repleto de espirales de luz. Al observarlos desde una mayor distancia, Blake descubrió que la cruz que dominaba sobre el altar mayor era exactamente la viejísima *ankh o crux ansata* de los antiguos egipcios.

Tras la nave, en una sacristía cercana al ábside, Blake encontró un escritorio semiderruido y unos estantes poblados por unos libros mohosos y en estado de disagregación. Al reparar en los títulos, lo asaltó un estremecimiento puesto que se trataba de obras muy elocuentes. Todos se referían a temas atroces y prohibidos, que nunca habían sido de difusión pública. Los volúmenes contenían recopilaciones de fórmulas y secretos inmemoriales, sedimentados desde los principios de la Humanidad y tal vez desde aún antes. Blake conocía algunos de ellos: una traducción latina del siniestro *Necronomicón*, el terrible *Liber Iyonis*, el no menos abominable *Cultes des Goules* del conde d'Erlette, el

Unaussprechlichen Kulten de von Junzt, el demoníaco tratado *De Vermis Mysteriis* de Ludvig Prinn. Muchos otros libros los conocía por referencias y la mayor parte le resultaban totalmente desconocidos, como los *Manuscritos Pnakóticos*, el *Libro de Dzyany*, tomos escritos en caracteres absolutamente indescifrables, con diagramas e ilustraciones que, sin embargo, tenían un claro significado para cualquiera que estuviese al tanto de las ciencias ocultas. Evidentemente, los rumores que había oído tenían un buen sustento. La iglesia había sido una sede del mal, probablemente más antigua que el hombre mismo y probablemente más vasto que todo el Universo.

Encima del desvencijado escritorio se veía aún un cuaderno revestido de piel y lleno de anotaciones hechas a mano en alguna clase de lenguaje cifrado. Los signos de este lenguaje eran los mismos que aún hoy se emplean en astronomía y en alquimia —símbolos del sol y la luna, de los planetas, signos del zodíaco, etcétera— y estaban agrupados en frases como nuestros actuales párrafos, con lo que daba la impresión que cada símbolo tenía correspondencia con alguna de las letras del alfabeto.

Animado por el propósito de entregarse a dilucidar aquel texto, Blake asíó el cuaderno y lo guardó en un bolsillo. Igualmente se sentía irresistiblemente atraído por muchos de los libros que veía en los estantes. Quería llevárselos. Era increíble que hubiesen permanecido allí tanto tiempo sin que nadie los robara. De pronto se puso a pensar si no sería él, el primero en vencer el miedo que inspiraba el edificio animándose a entrar.

Luego de explorar toda la planta baja, cruzó nuevamente la nave hasta un vestíbulo de donde arrancaba una escalera que, con toda seguridad, debía llevar hasta la torre del campanario, la misma con la que tanto se había familiarizado desde su ventana. Nuevamente debió sortear el polvo y las telarañas, que en un lugar tan estrecho parecían mucho más densas. Era una escalera de caracol con altos escalones de madera. A intervalos regulares se abrían unos ventanucos que lo sorprendían con un espectáculo vertiginoso. No se veía cuerda alguna, pero, no obstante, Blake pensó que seguramente habría campanas en lo alto de la torre, cuyas agudas ventanas siempre escondidas tras compactas celosías infinidad de veces había observado con los prismáticos. Experimentó una decepción cuando comprobó que la escalera llevaba a una habitación en la que no había campanas y que, a juzgar por lo que se veía, estaba destinada a usos diversos.

La habitación era bastante amplia y se hallaba iluminada por la luz mortecina que se filtraba por las cuatro ventanas ojivales, una en cada pared, y efectivamente escudadas tras unas celosías en deplorable estado de conservación. Se veía que en algún momento habían sido reforzadas con una especie de pantallas que ahora también mostraban un lastimoso aspecto. Exactamente en el centro de la habitación, se levantaba una columna de un metro y medio de altura, y medio metro de grosor. El pilar estaba tallado con signos muy burdos; en la parte superior, a modo de altar, había una caja metálica, asimétrica, cuya tapa estaba abierta. Adentro, casi hundido en el polvo, yacía un objeto de forma ovoide, de unos diez centímetros de largo. En torno al pilar, formando círculo, había siete asientos góticos de alto respaldo, no muy deteriorados, y detrás de ellos siete enormes imágenes en escayola pintada de negro. Las imágenes estaban casi completamente arruinadas, pero aún así se notaba que guardaban cierta semejanza con los megalitos de la Isla de Pascua. Sobre uno de los rincones de la habitación se veía otra escalera pegada a la pared que llevaba hasta el techo, donde podía verse una puerta cerrada, tras la cual estaba el chapitel sin ventanas.

Luego de acostumbrar la vista a la escasa luz del ambiente, Blake pudo notar que la caja de metal amarillento estaba decorada con singulares bajorrelieves. Con las manos primero y con el pañuelo después, quitó el polvo que la recubría y pudo descubrir unas figurillas que representaban seres monstruosos que parecían no guardar semejanza alguna con las formas de vida que habitan nuestro planeta. Por su parte, el objeto ovoide del interior resultó ser un poliedro prácticamente negro y atravesado por surcos rojos con muchas caras de gran irregularidad. Tal vez correspondía a un cuerpo de ignota cristalización o a algún extraño mineral caprichosamente tallado. No yacía directamente sobre

el fondo de la caja, sino que estaba sostenido por una especie de aro metálico, fijado a la caja mediante siete soportes horizontales de curioso diseño. Cuando la piedra estuvo absolutamente limpia, comenzó a ejercer un alarmante influjo sobre Blake. Se sentía incapaz de apartar los ojos de ella. Al mirar sus caras resplandecientes creía ver el surgimiento de unos mundos misteriosos. Su mente se pobló de paisajes exóticos salpicados por altas torres de piedra e imponentes montañas en las que no se veía signo alguno de vida, de espacios remotos en los que sólo una agitación de las tinieblas podía significar la presencia de una voluntad.

Con un enorme esfuerzo logró apartar la vista de la piedra y, al girar la cabeza, su mirada se posó sobre un enorme montón de polvo, al pie de la escalera de hierro, en el que no había reparado antes. En realidad no había razón alguna para que le pareciera sorprendente, pero sus contornos sí que eran curiosos. Hacia él se encaminó luchando contra los colgajos de telarañas que le obstruían el camino.

Ya en el lugar, volvió a emplear el pañuelo para vencer la capa de polvo que había sedimentado sobre el objeto, hasta que súbitamente retrocedió estremecido por la emoción y el horror. Había exhumado del polvo un esqueleto humano que debía estar allí desde muchísimo antes. Conservaba jirones de ropa que parecían haber sido las de un traje gris de hombre. Blake descubrió los zapatos, gemelos de camisa, un alfiler de corbata, un carnet de periodista donde aún podía leerse el nombre del ya extinguido *Providence Telegram* y una cartera de cuero muy deteriorada. En la cartera había varios billetes muy viejos, un pequeño almanaque del año 1893, unas tarjetas a nombre de Edwin M. Lillibridge y una hoja repleta de notas manuscritas. Eran notas muy desconcertantes. Blake se acercó a la ventana para ver si conseguía leerlas. Decían lo siguiente:

Mayo de 1844: el profesor Enoch Bowen vuelve de Egipto. En julio compra la vieja iglesia de Federal Hill. Famoso por sus trabajos en arqueología y en estudios esotéricos.

29 de diciembre de 1844: en su sermón, el doctor anabaptista Drowe, alerta contra la «Sabiduría de las Estrellas».

Fines de 1845: cuentan con 97 Fieles.

1846: desaparecen tres personas. Primera mención al Trapezoedro Resplandeciente.

1848: otras siete desapariciones. Se empieza a hablar de sacrificios sangrientos.

1853: una investigación termina en punto muerto.

El padre O'Malley previene contra el culto a Satán a través de una caja encontrada en ruinas egipcias. Sostiene que invocan algo que no puede soportar la luz. Huye de la luz tenue y desaparece directamente ante una luz fuerte.

En este caso requiere una nueva invocación. Tal vez lo sepa por la confesión de Francis X. Feeney, que había ingresado en 1849 a la «Sabiduría de las Estrellas». Ellos aseguran que el Trapezoedro Resplandeciente les permite ver el cielo y otros mundos y que el Morador de las Tinieblas les revela sus secretos.

1857: Testimonio de Orrin B. Eddy; invocan mirando el cristal y manejan un lenguaje secreto que sólo ellos entienden.

1863: Se reúnen 200 o más, excluyendo los que han ido al frente.

1869: jóvenes irlandeses atacan la iglesia luego de la desaparición de Patrick Regan.

14 de marzo 1872: Artículo disimulado en J. que pasa inadvertido.

1876: otras seis desapariciones. La junta secreta acude al Mayor Doyle.

Febrero de 1877: se toman medidas y la iglesia se cierra en abril.

Mayo de 1877: un grupo de muchachos de Federal Hill amenaza al doctor y a los demás miembros.

Fines de 1877: 181 personas huyen de la ciudad. No hay nombres.

1880: comienzan a circular los cuentos de fantasmas. Averiguar si es cierto que nadie ha ingresado a la iglesia desde 1877.

Reclamar a Lanigan una foto de la iglesia tomada 1851.

Blake dobló el papel, lo guardó en la cartera y luego la puso en el bolsillo interior de su abrigo. Volvió a mirar el esqueleto que yacía casi sepultado en el polvo. No había dudas con respecto a las notas del papel. Cincuenta años antes, el dueño del esqueleto había acudido a la iglesia abandonada en procura de una noticia espectacular, algo que nadie había intentado antes. Tal vez no había contado a nadie sus intenciones. Lo único cierto es que nunca volvió a su periódico. ¿Algún shock intenso le había producido un colapso cardíaco? Blake volvió a examinar el estado y la posición en que se hallaban los huesos. Unos se encontraban desordenados, otros parecían corroídos en sus extremidades y otros aún estaban teñidos de ese tono amarillento típico en los huesos calcinados. Algunos fragmentos de la ropa también mostraban señas de haber estado expuesto al fuego: El estado del cráneo también era curioso: tenía el mismo tono amarillento de los otros huesos y en su parte superior mostraba un orificio carbonizado, sin rastros de impacto, como si un preciso chorro de algún ácido descomunal lo hubiese tallado limpiamente.

Sin percatarse bien lo que hacía, Blake giró la cabeza y posó nuevamente la vista sobre la piedra, que de inmediato comenzó a contaminar su mente con imágenes confusas. Le pareció ver un cortejo lento de figuras encapuchadas, aunque de aspecto no humano, y enormes desiertos con hileras de monolitos tan altos que parecían llegar hasta el cielo. Vio torres y muros grandiosos en las profundidades del mar y regiones del espacio invadidos por unos lamparones de niebla negra que se recortaban contra un fondo púrpura. Muchísimo más lejos, en una especie de trasfondo final, divisó otro abismo de tinieblas agitado por leves conmociones que, de algún modo, sugerían gigantescas presencias consistentes. Una red de fuerzas daba la impresión de ser la responsable de poner orden en aquel impresionante caos y de ser la clave de todos los misterios y arcanos del universo que conocemos.

El sortilegio se convirtió súbitamente en un acceso de terror. Blake sintió un ahogo y pudo apartarse de la piedra, pero no logró librarse de la sensación que una presencia indefinible e informe lo vigilaba. Era algo que no fluía de la piedra, pero que a través de ella lo había escrutado, y ahora continuaría acechándolo pese a carecer de ojos. En un afán por sobreponerse al terror, pensó que tal vez todo se debía a que aquel lugar lo descontrolaba, cosa perfectamente razonable si se tenía en cuenta lo que allí había encontrado. Ya casi no había luz y como él no había traído linterna decidió que era hora de marcharse.

Fue entonces cuando creyó descubrir una tenue luminosidad en la piedra. Esta vez colocó todas sus fuerzas en apartar la vista del estuche metálico, pero indefectiblemente una fuerza superior a él lo obligaba a girar la cabeza hacia el punto fatídico. ¿Se trataría de una fosforescencia o de radiactividad? Las notas del periodista mencionaban un Trapezoedro Resplandeciente. ¿Cuál sería la malignidad cósmica que habría tenido sede en aquella iglesia abandonada? ¿Aún se encontraría viva y acechando tras aquellos muros que hasta los pájaros evitaban? Su olfato percibió una emanación fétida que acababa de levantarse muy cerca de él. Con sus últimos restos de voluntad, Blake se acercó al estuche metálico y logró cerrar la tapa sobre la piedra que comenzaba a fulgurar con más intensidad aún.

A continuación creyó notar un movimiento sordo y blando en las tinieblas del chapitel, al que se llegaba por la puerta del techo. Sin duda se trataba de ratas, los únicos seres antes que él que se habían atrevido a ingresar a la siniestra iglesia. Pero el movimiento de arriba no dejó de inquietarlo y lo impulsó a huir frenéticamente escaleras abajo, cruzar la oscura nave, el sótano, la plaza oscura y vacía, continuar con el mismo desenfrenado impulso por las callejuelas de Federal Hill hasta perderlo en las tranquilas calles del centro, la antesala del barrio universitario, donde estaba su casa.

Blake se cuidó muy bien de confiar a nadie la experiencia que había tenido. En cambio, se aplicó a la escrupulosa lectura de ciertos libros, a la consulta de periódicos viejos en la hemeroteca y al intento de traducción del criptograma que había recogido en la sacristía. Pero por cierto que no se trataba de una tarea fácil. La lengua que subyacía tras los signos no era inglés, ni latín, ni griego, ni francés, ni español, ni alemán. Todos sus conocimientos sobre ciencias ocultas afrontaban un desafío mayúsculo.

Cuando caía la tarde era presa de su costumbre de sentarse ante la ventana y contemplar el paisaje del horizonte, en uno de cuyos puntos sobresalía la oscura aguja por encima del erizado conjunto de techumbres grises. Ahora no podía dejar de sentir un estremecimiento de horror cuando contemplaba la iglesia porque sabía que en ella anidaban secretos siniestros. Ignoraba si la vista no le jugaba malas pasadas, pero creía que en sus vuelos, los pájaros eludían aún más que antes la aguda aguja oscura. Le parecía percibir el temor con que las aves se escabullían de su cercanía apenas la advertían y hasta el pavor que ganaba a sus gorjeos.

Según lo que quedó escrito en el diario, Blake consiguió descifrar el criptograma recién en julio. Estaba en aklo, un intrincado lenguaje empleado por algunos cultos satánicos de la antigüedad, y que él conocía de anteriores estudios. Sobre su contenido, el diario se muestra lacónico, aunque es obvio que le debió producir una honda commoción. El texto mencionaba a cierto Morador de las Tinieblas que cobra vida cuando la mirada de alguien se posa sobre el Trapezoedro Resplandeciente y conjectura una serie de hipótesis acerca de los infinitos abismos de caos de donde puede proceder. Afirma también que se trata de una criatura omnisciente y que impone sacrificios rituales. Anotaciones marginales del propio Blake dan cuenta de su temor que esa criatura, despertada por haber mirado inocentemente la piedra, pudiera emerger en nuestro mundo. Lo tranquiliza, sin embargo, saber que la barrera de luces de las calles significa un obstáculo infranqueable para ella.

El diario se detiene largamente en el Trapezoedro Resplandeciente, al que considera como una ventana desde donde se puede otear el tiempo y el espacio, y esboza una especie de historia de la piedra desde el momento en que fue tallada en el inefable Yugoth, bastante antes que los Primordiales lo trajesen a la Tierra. Habría sido colocado en la caja metálica por los seres con crines de la Antártida, para quienes era una reliquia. Los hombres serpientes de Valusia consiguieron rescatarlo de las ruinas de aquel imperio y muchos millones de años más tarde llegó a estar en manos de los seres humanos. Pasó por tierras exóticas, por extraños mares, sucumbió junto con la Atlántida y un pescador de Minos se asombró al descubrirlo en el fondo de su red para luego venderlo a alto precio a los atezados mercaderes del terrible país de Khem. El faraón Nefrén-Ka ordenó erigir un templo con un santuario sin ventanas para colocar allí la piedra; fue un monarca célebre por los horrores a los que se abocó y tal vez por eso su nombre casi no ha sido recogido por las crónicas. Los sacerdotes y el nuevo faraón destruyeron aquel templo y la piedra pasó a descansar entre las ruinas. Miles de años después, la curiosidad del antropólogo consiguió exhumarlo sin saber que con ello regalaba una maldición al género humano.

A principios de julio, los diarios locales publicaron ciertas noticias que dieron sustento a los temores de Blake. Los diarios les otorgaban tan poco espacio y énfasis que se diría que sólo él pudo captar su importancia. Los sueltos periodísticos daban cuenta que circulaba una ola de temor por Federal Hill a causa de un desconocido que había entrado a la iglesia maldita. Los italianos de las inmediaciones sosténían que en la aguja sin ventanas podían oírse ruidos misteriosos, golpes y movimientos. Por segunda vez habían acudido a sus sacerdotes para que pusieran coto al ser monstruoso que nuevamente se había instalado en sus pesadillas. También se hablaba de una puerta tras la cual acechaba algo a la espera que la oscuridad en el exterior fuese lo bastante densa como para salir a devastar el mundo. El tono que adoptaban los periodistas para referirse a las supersticiones locales era liviano y hasta jocoso. Evidentemente la nueva generación de periodistas no tomaba muy en serio la tradición del asunto. Por su parte, Blake, en su diario, da cuenta de sus remordimientos al respecto y explica que considera un

deber personal volver por el Trapezoedro Resplandeciente y aniquilar al ser demoníaco mediante el simple expediente de permitir que la luz del día inundase el chapitel. En el mismo pasaje de sus anotaciones, agrega que aun en sueños era invadido por el morboso deseo de volver a la torre para tan sólo inclinarse otra vez sobre los misterios cósmicos de la piedra.

Un artículo aparecido en el *Journal* del 17 de julio horrorizó a Blake. Era ni más ni menos que otra reseña sobre el clima de Federal Hill escrita en el mismo tono zumbón que exasperaba a Blake. Se informaba que la tormenta de la noche anterior había dejado sin luz a la ciudad por más de una hora. Durante el apagón, los italianos de Federal Hill casi habían enloquecido de miedo. Los vecinos de la iglesia aseguraban que la criatura de la torre había aprovechado la oscuridad reinante en las calles para bajar hasta la nave, donde se oyeron unos aterradores aleteos. Con el retorno de la luz se escucharon ruidos de vidrios rotos en la torre. Era evidente: llegaba hasta el límite mismo de las tinieblas, pero la presencia de la luz lo batía en retirada.

La luz de las calles produjo una terrible confusión en la torre de la iglesia, porque sin duda algo de ella se filtraba por las mugrientas ventanas y por las destartaladas celosías. Sin duda, una carga de luz prolongada la habría llevado nuevamente a los infiernos de donde el desconocido visitante la había rescatado imprudentemente. Pese a la lluvia, mientras duró el apagón se fue congregando en torno a la iglesia una multitud que mientras oraba se dedicó a construir, con velas y papeles encendidos que protegían bajo los paraguas, una especie de muralla luminosa para proteger a la ciudad del Morador de las Tinieblas. Algunas de las personas que se apostaron más cerca de la puerta de entrada aseguraban que en un determinado momento oyeron con toda claridad cómo crujía la puerta principal.

Pero esto no era todo. Por la noche, Blake leyó en el *Bulletin* cuánto habían descubierto los periodistas. Dos de ellos, conscientes del valor periodístico del asunto, consiguieron ignorar la loca histeria de los italianos e introducirse en la iglesia por el mismo tragaluces que Blake. Habían constatado señales muy curiosas impresas sobre el polvo que cubría el piso y los objetos del vestíbulo, desparramados en gran desorden. A la entrada misma, los recibió un olor nauseabundo, del que no se desprendieron mientras estuvieron dentro del edificio. Otra presencia familiar fueron manchas amarillas por doquier, como de quemaduras, y vestigios de objetos carbonizados. En la torre creyeron oír arañazos provenientes de la parte superior.

Los dos periodistas también habían hallado la columna heptagonal, los asientos góticos y los restos de las figuras en la pared. Pero nada decía el periódico acerca de la caja metálica ni del esqueleto. El detalle que más inquietó a Blake fue la rotura de los cristales en las ventanas ojivales. Dos de ellas estaban como taponadas toscamente con fundas de los bancos y con crin de relleno de los cojines. Esos mismos materiales aparecían esparcidos por el piso; daba la impresión que alguien atropelladamente se había ocupado de restablecer como podía la oscuridad en la torre.

Las mismas manchas amarillas y rastros de quemaduras volvían a encontrarse en la escalera de hierro que llevaba hasta el chapitel de la torre. Hasta allí llegó uno de los hombres provisto de una linterna, pero sólo descubrió hedor y un considerable montón de desechos cerca de la abertura. Con lo que las habladurías no pasaban de ser más que eso: habladurías. Alguien se había entretenido en azuzar a los supersticiosos del barrio. También era posible que alguno de los vecinos hubiese querido tapar todo aquello actuando según los preceptos de la tradición para proteger a la ciudad. O que algunos traviesos estudiantes hubiesen urdido todo para atraer la atención de los periodistas. El final de la historia fue francamente cómico, cuando el comisario decidió enviar un agente al lugar para levantar un acta sobre las declaraciones periodísticas. Uno tras otro, tres hombres se las ingenaron para pasar la misión al siguiente. El cuarto no pudo zafarse y resultó sorprendente la rapidez con que fue y volvió sin añadir nada nuevo a lo que los diarios habían publicado.

A partir de esta fecha, las anotaciones del diario de Blake revelaban un evidente temor. Está sembrado de reproches hechos a sí mismo y de descabelladas reflexiones acerca de lo que podría ocu-

rrir si se producía un nuevo corte de luz. Está debidamente probado que en tres ocasiones —mientras ocurrían fuertes tormentas— llamó a la compañía eléctrica, muy alterado, pidiendo que hicieran lo posible para evitar un nuevo corte de energía. Otro detalle que vuelve algunas veces en el diario es el hecho que los periodistas no hubiesen encontrado la caja de metal ni el extraño esqueleto. Presentía quien había contribuido a la desaparición de esos elementos. Sin embargo, lo que más lo obsesionada era una especie de relación espiritual y psíquica que daba la impresión de haberse anudado entre él y la monstruosidad que acechaba en la torre, la diabólica criatura de la noche a quien su imprudencia le había abierto las puertas del caos. Continuaba sintiendo que sobre su voluntad se ejercía la fuerza que lo había doblegado en la iglesia. Los escasos visitantes que recibió por aquel entonces lo recuerdan absorto ante la ventana, con la vista fija en la colina que conseguía sobreponerse por encima del humo de la ciudad. El diario denuncia las pesadillas que constantemente lo atenazaban y el sutil influjo que el ser de la torre instilaba a su sueño. Una de las anotaciones da cuenta que una noche despertó en medio de la calle, totalmente vestido, avanzando hacia Federal Hill. Obsesivamente repite una y otra vez que la maldita criatura sabía donde encontrarlo.

La primera crisis de depresión le sobrevino a Blake la semana que siguió al 30 de julio. No salía de su casa, no se vestía y encargaba la comida por teléfono. Los escasos visitantes que recibió dan cuenta que junto a la cama podían verse algunas sogas; la explicación que daba aludía al hecho que padecía de sonambulismo y que para evitar inconvenientes, antes de dormir se ataba los tobillos a la cama.

En unas de las anotaciones del diario describe la insólita situación a que lo llevaba la crisis. El 30 de julio, bastante después de haberse acostado, súbitamente se descubrió caminando por un lugar prácticamente en tinieblas. Sólo conseguía divisar unas líneas horizontales iluminadas por una luz azul. El sitio estaba impregnado por una arremetedora fetidez y, sobre su cabeza, se oían ruidos apagados y furtivos. No daba un paso sin que tropezara con confusos objetos y el ruido que él producía era respondido instantáneamente por los movimientos desordenados de arriba y por una especie de frotamiento cauteloso contra la madera.

Al cabo de un rato, sus manos reconocieron lo que indudablemente era una columna de piedra, sobre cuya parte superior no había nada. Unos cuantos pasos después se encontró con una escalera de hierro, por la que comenzó a subir hacia un punto de lo alto donde el olor se volvía francamente insopportable. Instantes después fue abrazado por una ráfaga de aire caliente y seco. Sus ojos se deslumbraron con una infinidad de imágenes producidas como por un caleidoscopio sobre un fondo abismal de densa negrura en el que orbitaban astros y mundos inhóspitos y aterradores. A su mente acudieron las leyendas sobre el Caos Esencial, organizado en torno a un centro donde mora un dios ciego e idiota —Azathoth, al Amo de Todas las Cosas—, constantemente rodeado por una horda de bacantes sin forma e igualmente idiotas, y arrullado por el silbido rutinario de una flauta empuñada por dedos demoníacos.

Llegado a ese punto, algún indicio del mundo exterior lo despertó del encantamiento y lo hizo dar de bruces contra su terrible situación. No pudo identificar qué estímulo lo había sacado de su estupor. Quizá fue el estampido de alguno de esos fuegos artificiales que los vecinos de Federal Hill acostumbran a disparar durante el verano en recordación de los santos patronos de sus pueblos natales. Lo cierto es que el ruido lo impulsó a gritar, lo sorpresivo del grito hizo que se soltara de los brazos de la escalera y así vino a dar al piso de una habitación sumida en la más completa oscuridad.

De inmediato advirtió dónde estaba. Se abalanzó atropelladamente hacia la escalera de caracol. Parecía vivir una pesadilla, a los tumbos y jadeante por la inmensa nave llena de colgantes telarañas, abovedada por arcos que terminaban perdiéndose entre las sombras, a ciegas cruzó el sótano, llegó hasta el tragaluz, cayó sobre el piso del patio interior y echó a correr alocadamente por las calles deshabitadas, entre las negras torres y las casas dormidas, hasta el portal de su propio domicilio.

Recién a la mañana siguiente recobró el equilibrio espiritual, todavía tirado sobre el piso y completamente vestido. Estaba sucio, con restos de telarañas en la ropa, y tenía el cuerpo dolorido

como consecuencia de magulladuras bien visibles. Una inspección ante el espejo le permitió comprobar que tenía parte del pelo chamuscado. Notorio era también el mal olor que impregnaba su vestimenta. En ese preciso momento fue cuando lo acometió el ataque de nervios. Cuando consiguió superarlo, extenuado, envuelto en una bata de dormir, sólo atinó a pararse frente a la ventana y mirar el horizonte. Muchos días estuvo así, angustiado ante la menor posibilidad de una tormenta y dando cauce libre a su horror en las anotaciones del diario.

El 18 de agosto, un momentos antes de la medianoche, se desencadenó una gran tempestad. Muchos rayos se abatieron sobre la ciudad, pero dos de ellos fueron particularmente estruendosos. Diluviaba y los truenos constantes impedían dormir. Aterrado ante la posibilidad que se produjeran cortes de luz, Blake intentó llamar por teléfono a la compañía eléctrica cerca de la una de la mañana, pero el temporal había cortado la línea. Todo está escrupulosamente consignado en su diario. La caligrafía inusualmente agrandada y tortuosa hasta lo indescifrable en varios fragmentos es un elocuente testimonio de la agitación y el terror que en esos momentos lo asediaban.

Mantenía su habitación a oscuras para así poder ver mejor por la ventana, donde se había ubicado para escudriñar frenéticamente la lejana maraña de luces de Federal Hill. «No deben apagarse las luces», «Sabe cómo encontrarme», «Tengo que aniquilarlo», «Me llama, pero esta vez no me hará daño»..., éstas son las expresiones que como una letanía se repiten en el diario durante aquellos momentos. Dos páginas íntegras contienen la sucesión de esas frases.

De acuerdo con los registros de la compañía, exactamente a las 2:12 de la madrugada el fluido eléctrico dejó de llegar desde la fuente y las luces de la ciudad se apagaron. En el diario de Blake ni se menciona la hora: tan sólo la anotación: «Se apagaron las luces. Dios se apiade de mí.» También en Federal Hill había muchas personas preocupadas como él. En la plaza y en las calles laterales de la iglesia maldita se fue congregando mucha gente que, aunque empapada por la lluvia, se las ingenia para proteger bajo paraguas y otros resguardos velas encendidas, lámparas de queroseno, crucifijos y toda la batería de amuletos típicos del sur de Italia. Cada relámpago los hacía santiguarse. De a poco fue levantándose un viento que rápidamente cobró intensidad, con lo que las velas y lámparas se fueron apagando, dando paso a una amenazadora oscuridad en las calles. Alguien se encargó de ir a buscar al padre Meruzzo de la iglesia del Espíritu Santo; el sacerdote se hizo presente con rapidez y pronunció las palabras de aliento que acudieron a su memoria. Los ruidos de la torre eran entonces más que notorios.

Hay muchos testimonios acerca de lo que ocurrió a las 2:35. De ello han hablado el sacerdote, hombre joven, culto y agudo, el policía de guardia, un tal William J. Monohan, de la comisaría central, persona de la mayor credibilidad y que cumplía servicio de vigilancia sobre la multitud que se había agolpado en las inmediaciones de la iglesia y, finalmente, están las aseveraciones de por lo menos setenta y ocho italianos que se habían agolpado junto al muro que guarda la iglesia. Naturalmente que hay una explicación para lo que sucedió que puede basarse en causas naturales. Es imposible determinar con exactitud, y mucho menos predecir, qué extraños procesos químicos pueden llegar a producirse en un edificio antiguo, mal ventilado y abandonado. Emanaciones pestilentes, combustiones súbitas, explosión de gases producidos por la putrefacción..., todo esto puede ser una buena explicación. En sí, el fenómeno no fue demasiado extraordinario. Duró poco más de tres minutos. La meticulosidad del padre Meruzzo lo fue cronometrando rigurosamente.

Todo comenzó con un *crescendo* en la intensidad de los ruidos que provenían del interior de la torre. Desde afuera fue mucho más insoportable el olor que desde buen rato antes se percibía. Finalmente se oyó un estampido de maderas astilladas y un objeto enorme, blando y pesado fue a dar a uno de los patios interiores de la iglesia. La oscuridad impedía ver la torre, pero la gente creyó haber identificado al objeto como una de las celosías pertenecientes a la ventana oriental de la torre.

Simultáneamente el hedor se intensificó muchísimo hasta el extremo que la gente empezó a sentirse mal y a marearse. En el aire se adivinó el batir de unas inmensas alas que cobraron velocidad produciendo una corriente de aire que arrasó con paraguas y sombreros de la multitud. Nadie llegó a distinguir nada concreto en las tinieblas, aunque muchos afirman haber visto una sombra aún más negra recortada contra el cielo, una gran nube que desapareció rumbo al este con una velocidad sideral.

Esto fue todo. Paralizados por el pánico y calados hasta los huesos, los hombres ignoraban cómo actuar; tampoco sabían si había algo que ellos pudiesen hacer. Hubo más truenos de gran estruendo y media hora después el cielo comenzó a dar señas de tranquilidad. Un cuarto de hora más tarde las luces de la ciudad volvieron a resplandecer y con ellas, la multitud, empapada pero mucho más aliviada, emprendió el camino a casa.

Los diarios del día siguiente se ocuparon profusamente de los estragos de la tormenta, pero dieron muy escasa importancia a los hechos ocurridos en torno a la iglesia maldita. Se deducía a través de su lectura que el relámpago final y la atronadora explosión tuvieron mucha más intensidad en el este que en Federal Hill. Precisamente, fue en el barrio universitario donde el fenómeno alcanzó su clímax, incluida una vaharada de insoportable fetidez. Unas cuantas personas alcanzaron a ver una vigorosa llamarada en la cima de College Hill y un curiosísimo huracán que arrasó con las hojas de los árboles y las plantas de los jardines. Esos mismos observadores aseguraron que el último gran rayo indudablemente cayó sobre algún lugar del barrio, aunque posteriores observaciones no permitieron detectar sus efectos, seguramente devastadores. Uno de los estudiantes del colegio Tau Omega asegura haber visto en el aire una grande y grotesca masa de humo, en el preciso momento en que se oyó el estampido. Sin embargo, no hay otros testigos que corroboren la observación. Todos, sin embargo, coinciden en que la ráfaga procedía del oeste. También concuerdan en que cierto olor a quemado quedó flotando en el aire por algunos momentos.

Todas estas observaciones fueron barajadas en relación con la muerte de Robert Blake. En la mañana del día 9, los estudiantes de la residencia Psi Delta, cuyas ventanas traseras daban al frente del estudio del escritor, observaron con curiosidad su rostro asomado a la ventana occidental. Por la tarde, siguieron viéndolo en la misma posición, intensamente pálido y con extraña expresión. Aguardaron a ver si con la noche se encendían las luces de su habitación. Como esto no ocurrió, fueron hasta su puerta a tocar el timbre y como no tuvieron respuesta decidieron llamar a la policía para que ingresara a la habitación.

El cuerpo estaba sentado ante la mesa del escritorio, junto a la ventana. Sus ojos estaban vidriosos y desorbitados y en todo el rostro había una expresión de inenarrable terror. El médico forense dictaminó que a pesar que la ventana estaba intacta, el occiso había fallecido a causa de una fuerte descarga eléctrica o, más precisamente, por el shock nervioso provocado por la descarga. No dio importancia alguna a la horrible expresión del cadáver; al ser interrogado sobre ella, se limitó a responder que sin duda el shock o la descarga en persona tan imaginativa como Blake suscitaron algún tipo de alucinación que explicaba el rictus. La deducción la basó en los libros, pinturas y manuscritos que se hallaron en la habitación y, sobre todo, en el diario personal de Blake. Prácticamente hasta el final, continuó escribiendo. Cuando encontraron el cadáver, aún conservaba en su mano derecha el lápiz, con la punta simbólicamente rota, tal vez debido a algún espasmo del cuerpo.

Las anotaciones realizadas después del apagón prácticamente eran ilegibles. Algunos observadores han llegado a conclusiones que difieren substancialmente con las oficiales. Sin embargo, es poco probable que tengan demasiado predicamento público. La intervención del bastante desacreditado doctor Dexter —el mismo que arrojó al canal más profundo de la Bahía de Narragansett la peculiar caja metálica con la piedra resplandeciente del chapitel—ha sido una mala propaganda para tales hipótesis. Por otra parte, no se puede discutir que la prolífica imaginación y la inestabilidad nerviosa de Blake, intensificadas por su descubrimiento de un culto satánico hoy desaparecido fueron las causas que

determinaron la alienación que lo acompañó en los últimos momentos. Sus anotaciones finales, o al menos lo que de ella se ha podido descifrar, así lo confirman:

«La luz no ha vuelto. Han transcurrido como cinco minutos. Ahora todo depende de los relámpagos. ¡Quiera Yaddith que continúen! Pese a ellos, advierto el influjo maligno. Ahora la lluvia y los truenos son atronadores. Siento que se apodera de mi mente.

»No puedo controlar la memoria. Recuerdo cosas que no he visto nunca: mundos, galaxias. La oscuridad. Ahora los relámpagos me parecen oscuridad y la oscuridad luz.

»Pese a la oscuridad puedo ver la colina y la iglesia. No puede ser cierto. Algo debe pasar con mis ojos. Los relámpagos me deslumbran. ¡Ojalá que los italianos salgan con sus velas!

»¿A qué le temo? ¿No es acaso una reencarnación de Nyarlathotep, el que en el antiguo y misterioso Khem llegó a cobrar forma de hombre? Me acuerdo de Yuggoth y de Shaggai, todavía más lejos, y luego un infinito de planetas negros.

»Un largo vuelo por el vacío. No puedo cruzar el universo de la luz. Vuelto a crear entre los pensamientos atrapados en el Trapezoedro Resplandeciente. Por encima de horribles abismos de luz.

»Soy Blake: Robert Harrison Blake. Calle East Knapp, 620; Milwaukee, Wisconsin. Pertenezco a este planeta.

»¡Piedad, Azathoth! Ya no hay relámpagos. Puedo ver todo, pero no con la vista. La luz vuelve a ser tinieblas y las tinieblas luz. La gente en la colina. Vigilan con velas y amuletos. Tienen sacerdotes.

»No puedo calcular las distancias. Lo lejano está cerca y lo cercano lejos. No hay luz. No hay cristal. Veo la torre, la aguja, la ventana. Ruidos. Roderick Usher. Me estoy volviendo loco. Se agita y aletea en la torre. Somos uno. Quiero salir. Debo salir. Debemos unificar fuerzas, sabe dónde estoy.

»Soy Robert Blake. Puedo ver la torre en la oscuridad. El olor es insopportable. Se transfiguran los sentidos. Revientan las tablas de la torre. Salgo. Iä ngai ygg.

»Viene hacia acá. Lo veo. Un viento infernal. Las alas negras. Yog-Sothoth. ¡Sálvame! El ojo ardiente de tres lóbulos.»

FIN

Título Original: *The Whisperer in Darkness* © 1930.

Escaneado, Revisado y Editado por Arácnido.

Revisión 2.